



## PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

JUEVES 15 DE MAYO DE 1873.

NÚM. 125.



### LA LUZ.

La Iglesia española fué en los pasados tiempos laurel de nuestros laureles y corona de nuestras coronas. Ella estaba á la cabeza del pueblo; ella era la representante de la civilización y de la ciencia; ella era la que infiltraba su moral en las leyes su doctrina en las costumbres; ella era la que velaba por el viajero indefenso; la que instituía hospitales, la que roturaba terrenos, la que daba vida en fin á comarcas enteras. ¿Los concilios toledanos no afectaban lo mismo á la moral que á las costumbres, á la legislación que á la política? ¿Quién más notable que San Martín de Braga, no solo célebre por su solución canónica, sino más aún por sus obras morales que son como el principio de la literatura visigoda? ¿Quién no se acuerda de aquella escuela de Sevilla fundada por San Leandro? ¿Y de aquel famosísimo Isidoro de Sevilla? El era la enciclopedia viva de su tiempo; él sabía toda la gramática, la filosofía, la medicina, la teología racional, la metalurgia y la indumentaria, conocida en su tiempo; esto sucede en la época visigoda. Ciertamente es que hay grandes vicios que concluyen por arruinar á aquel imperio; pero no es ménos cierto también que los Isidoros y los Leandros son una protesta viva y permanente contra ellos.

Dignísimos eran aquellos obispos españoles, que entablada la cuestión de los monotelitas llamados por el Papa Honorio I *perros mudos*



EL CARRO DE FUEGO DE ELIAS.

porque no tomaban parte en la contienda, contestaron por boca de San Braulio, que los obispos españoles no eran perros mudos, «pues ahuyentaban á los ladrones con ladridos y á los lobos con mordiscos.»

La Edad Media viene después. El Pontificado, objeto de todas las miradas, bien de todas las esperanzas, roca firme en medio de aquella deshecha tempestad de barbarie; se ocupa asiduamente en hacinar elementos para levantar el poder temporal. Los grandes señores eclesiásticos son poderosos, tienen castillos, rentas, siervos, mesnadas para ir á la guerra, jauría para ir á caza, y en cambio el clero menudo, el clero bajo, como se ha dicho en algún tiempo, se muere de hambre. Por esto se permite á los

clérigos que se dediquen al comercio y á los trabajos mecánicos y que tengan mujer. No ha venido Hildebrando todavía y aun no se ha establecido el celibato del clero. El pensamiento de hacer menores sirvientes de Roma á los clérigos, el de hacerlos que no tengan otra patria que la de la silla romana ni otra mujer que la iglesia para tener con esto un ejército negro esparcido por todas las partes de la tierra, sin afecto á nada ni á nadie, aún no ha nacido en cabeza tonsurada. Pero nacen bien pronto y ya desde el siglo XIII comenzara á acentuarse la decadencia de la iglesia universal y también de la iglesia española. Los monasterios se corrompen y se vician, hasta tal punto que el Rey tiene que rogar al Papa que mande volver á su país á los primeros monjes que pueblan el monasterio de Sahagún por la corrupción y el mal ejemplo que daban. Los obispos trabajan con la mejor buena fé. Domingo de Siles, Iñigo, Bermudo y otros hacen cuanto pueden por corregir las costumbres. Se permite á los clérigos que tengan barraganas para que no empañen la virtud de las mujeres honradas. La herejía levanta por todas partes la cabeza. La decadencia de la iglesia empieza á hacerse más marcada y notable. El clero se subleva al estable aumento del celibato; el español representa en contra de él, pero ordenado le acata y dice con un cronista: «E llorando todos, é doliéndose por este gran mudamiento de iglesia levantóse enton-



ces allí este proverbio que retraen aun hoy en día las gentes y dicen: «Do quieren reyes, allá van leyes.»

El clero español tiene otro momento de brillo en el renacimiento. Hombres como Cisneros sujetaron la nobleza y acrecentaron el poder real á espensas del señorial. Fundará este una rival de Salamanca, la universidad de Alcalá, con cuarenta y dos cátedras, saldrán de ella la Biblia complutense, el Breviario muzarabe y las obras de Avicena, de Herrera y de Raimundo Lulio. Los Fonsecas y Mendozas, resplandecerán en religion y en ciencia. Desde este momento ya no se cupan más que en la reforma de las costumbres. El grito de la protesta resonará tan enérgicamente que los grandes del Estado y de la Iglesia no tendrán otro remedio que escucharle y se reunirá el concilio de Trento. Los obispos españoles de él serán ultramontanos hasta lo último, siempre que se trate del dogma, pero tratándose de sus prerogativas las defenderán á capa y aun á espada; lo que ha hecho decir á un escritor protestante que no se comprende espíritu tan liberal y atrevido por una parte, y por otra tal carácter intolerante y perseguidor. Nacerán métodos para combatir la herejía, el de la discusion y persuasion que seguirán los Nebrijas, los Sigüenzas, los Luises, Brocences y otros y el de la Inquisicion que adoptarán los más y los Reyes con ellos.

Como consecuencia lógica aparecerán la barbarie, los actos sanguinarios, la ruina, la muerte de toda ciencia, y se acabarán los Lopez y los Calderones y no quedarán más que los Comellas. Las naciones se avergonzarán de nosotros y de nuestra iglesia y un día un ejército invasor de franceses tendrá que ir borrando de todas las ciudades el sitio donde estuvieron los quemaderos y rompiendo las lápidas que recuerden la ignominia que se pretende echar sobre los quemados y anatematizados.

## HISTORIA DEL DOGMA DE LA INFALIBILIDAD.

### I.

Ofrece la Iglesia romana en la historia del dogma de la infalibilidad un conjunto tal de variaciones y contradicciones tan humillantes para ella, que no se comprende cómo en vez de insistir y hacer de esta creencia la señal del buen católico, no ha renunciado á tan absurda pretension. La historia que vamos á reseñar, se divide en seis periodos que difieren notablemente entre sí, y que bastan á poner de manifiesto lo falso del dogma.

En el primer periodo, que se extiende desde los tiempos apostólicos hasta el advenimiento de Leon I al pontificado (52-440) los concilios se atribuyen la infalibilidad, y en general, todos los fieles se la conceden.

En el segundo periodo, que abraza los ciento cincuenta años comprendidos entre el advenimiento al trono pontificio de Leon I y Gregorio el Grande (440-590) los Papas se adjudican el privilegio de la infalibilidad que con frecuencia le niegan muchos cristianos en este mismo periodo.

En el tercero, que parte de Gregorio el Grande y llega hasta el fin del reinado de Gregorio IV (590-844), los Papas convienen en que pueden engañarse, y conceden la superioridad á los concilios.

En el cuarto que vá desde Gregorio IV hasta el fin del pontificado de Inocencio III (844-1216), los obispos de Roma procuran apoderarse de nuevo de ese poder y tienen la osadía de llamarse *vicarios* de Dios.

En el quinto periodo, desde la muerte de Inocencio III hasta el concilio de Trento (1216-1559), los Papas confiesan sus errores y reconocen la superioridad de los concilios.

Y por último, en el sexto periodo, que se extiende desde 1559 á 1870, los Papas procuran ser los solos infalibles, y el último, Pío IX, consigue que una asamblea conocida con el nombre de Concilio del Vaticano decreta la infalibilidad personal del pontífice romano.

Nos ocuparemos por su orden de los seis periodos que hemos apuntado.

Primer periodo. (52-440) Los Apóstoles y los primeros fieles, reunidos en Jerusalem y constituidos en la asamblea que más tarde se ha llamado el primer concilio, dijeron al terminar sus trabajos: «Ha parecido bien al Santo Espíritu y á nosotros;» más ellos podían reclamar una inspiracion que ponian de manifiesto el don de milagros, el de hablar lenguas extranjaneras, el de profecía y otros que la acompañaban.

El segundo concilio de Cartago (252) se expresó de esta manera: «Por subjeciones del Espíritu Santo y segun los avisos que el Señor nos ha dado por medio de visiones múltiples y manifiestas, nos ha parecido bien, etc.»

El concilio de Efeso (en 431) condenó á Nestorio bajo la siguiente forma: «Nuestro Señor Jesucristo, blasfemado por él, ha decidido por medio del muy santo concilio que se ha reunido, que sea extraño á la dignidad episcopal.»

La pretension á la infalibilidad que los concilios se abrogaban, era generalmente reconocida y admitida en este periodo. Véase como se expresa el emperador Constantino escribiendo á la iglesia de Alejandria acerca del concilio de Nicea: «La doctrina en que han convenido los trescientos obispos no puede menos que ser divina; puesto que el Espíritu Santo que anima la inteligencia de tales hombres les ha revelado la voluntad divina.»

Basilio de Cesárea, el historiador Sócrates, Isidoro de Pelusa y otros escritores sostuvieron sobre el concilio la misma doctrina. El Papa Celestino, en su carta al concilio de Efezo, dice que los concilios son de origen divino y Leon I, hablando del de Calcedonia, dice en su epístola 132: «No nos atrevemos á entrar en discusion con nadie tocante á las cosas definidas por esos concilios, porque lo que el Espíritu Santo ha decidido por medio de una tan grande autoridad no puede ponerse en duda ni ser incierto.»

Véase, pues, cómo en este primer periodo los concilios se atribuyen la infalibilidad y nadie piensa en negársela.

## LA ELECCION DE UN NUEVO PAPA.

El Papa está enfermo: al Papa le dan desmayos que le duren una hora: el Papa está constipado y solo los cardenales pueden entrar en su alcoba; en una palabra, el Papa se muere y los que le rodean no le quieren dejar morir tranquilamente como á cualquier otro mortal á quien Dios llama á comparecer ante su trono. ¡Cuántas intrigas se tejerán á la cabecera del lecho de aquel anciano! ¡Cómo cuchichearán los cardenales sobre aquel que ha de ocupar el puesto del que aún no ha muerto!

¡Cuántas cábalas habrá, cuántos cabildeos, cuántas miserias!

Aún no ha muerto el buen Pío IX, y ya está poco ménos que nombrando el que le ha de suceder. Pero el dogma de la infalibilidad ha puesto en grave aprieto á los cardenales electores. Como en otros tiempos mas bonancibles para la Iglesia, ya no van á elegir un Papa que era un hombre pecador y frágil como todos, sino un Dios, un sér infalible que como el Dios de arriba—y ahora hay que hacer esta distincion hablandose de la Iglesia católica, Dios de arriba y el Dios de abajo que es el Papa—ni engañe ni se engañe, ni mienta, ni pueda mentir. Los cardenales no son infalibles, al menos oficialmente, como el Papa. Se va á dar, pues, el singular espectáculo de que personas falibles y sujetas á error eligiendo sin equivocarse al infalible de los infalibles, no al Vice-Dios, como antes se decía, sino á un Dios en persona. Misterios son estos que nosotros los legos no acertamos á resolver. Pero se dirá: «los cardenales tendrán la asistencia del Santo Espíritu.» ¡Ah, Santo Espíritu, Divino Santo Espíritu! ¿Asistias tú á los cardenales que llevaban al trono pontificio al asesino Julio II? ¿Asistias tú á los que elevaron al Borgia Alejandro IV, envenenador é incestuoso? ¿Estabas tú entre ellos cuando las meretrices del Papa muerto elevaban al papado por medio de los votos de aquellos dos cardenales, á los hijos de ellas habidos con el Pontífice difunto? ¡Celeste Santo Espíritu! Tú has visto con profunda indignacion los manejos de los altos dignatarios de la Iglesia, de los altos dignatarios del Estado, de las mujeres que llenan los palacios pontificales para elegir un nuevo Papa, y los has condenado; que si Dios hubiere dispuesto que en la tierra se eligiese un representante suyo no consentiria que los eligiesen ni mujerzuelas prostitutas ni cardenales juglares.

El poder temporal ha muerto; el poder espiritual anda mal trecho y acongojado. Esto lo ven hasta los católicos; se necesita ser ultramontano para no verlo. Yo comprenderia sin embargo una cosa, que se eligiese un Pontífice para velar por la pureza de la doctrina, para estar al frente de los intereses espirituales mayores ó menores existentes aun hoy. Me pareceria más racional que los diversos obispos se reunieran en gran asamblea ó bien cada circunscripción católica enviase un número determinado de representantes no seglares que hiciesen la eleccion del Pontífice. Pero esto seria atenerse á principios que ha condenado constantemente el catolicismo: al sufragio universal. Lo que es fuente de derecho para los pueblos modernos, es para la Iglesia fuente de perdicion. Atenerse al sufragio universal seria para la eleccion del Papa, seria para la Iglesia como si se encomendase esta eleccion á Satanás.

El catolicismo no transige y hace bien. No quiere, no ya cambiar de ideas, sino ni siquiera de procedimientos para la solucion de ciertos asuntos. Ama sus fórmulas viejas como el anciano los vicios que le han acompañado hasta la tumba, y que solo morirán con él. Bien hecho: lo bueno debe conservarse. Las fórmulas para elegir Papa, tan antiguas, tan desacreditadas, servirán para elegir al que haya de suceder á Pío IX. Los mismos abusos que se han visto en otros tiempos, se verán hoy. Saldrá elegido el candidato de la nacion que tenga más influencia ó el de la escuela que cuente con más partidarios en el Sacro Colegio y nunca el elegido de la Iglesia católica.



En resumen, ¿qué importa lo uno ó lo otro? Las doctrinas condenadas están condenadas, tengan Papa ó no le tengan, sea este bien ó mal elegido. ¡Un infalible elegido por falibles! O si se quiere de otra manera: ¡un infalible elegido por otros infalibles, pero infalibles por solo un cuarto de hora, mientras dure la eleccion! Dejémoslos de burias. La dignidad de este siglo, aun cuando no fuera otra cosa, no consentiría tales supercherías ó tales estupideces.

## AMOR Y PERDON!

Estas dulcísimas y consoladoras palabras son, por decirlo así, la base sobre que descansa la sublime doctrina del cristificado.

¡Amor y perdón! Los hombres más sabios, los más profundos pensadores, los oradores más elocuentes no han podido ni podrán dar una idea acerca del amor de Dios tan clara, tan compendiada y sublime como nos la da el Evangelista Juan en el capítulo 3 y versículo 16 donde nos dice: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado á su Hijo Unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna.»

¡Oh sublimidad del amor! Nuestro Dios y nuestro Padre celestial, olvidando nuestras desobediencias, olvidando nuestras rebeliones, inflamado su corazón en el más puro é incomprensible amor, mandó á su Divino Hijo para que derramando su preciosa sangre, nos abriera las puertas del cielo que nuestros primeros padres habían cerrado al desobedecerle en el Paraíso.

El Hijo de Dios, participando del amor del Padre, descendiendo á la tierra, toma carne mortal y, llegado el tiempo, empieza á predicar su admirable doctrina basada en el AMOR Y EL PERDON.

Registremos el santo y divino Evangelio hoja por hoja, versículo por versículo, palabra por palabra y veremos la insistencia con que el Divino Maestro nos recomienda el AMOR Y EL PERDON.

Nuestras limitadas inteligencias nunca podrán medir la inmensidad del amor de Dios; pero siempre nuestros corazones se llenarán de alegría solo al pensar que nuestro Dios es amor.

En el silencio de la noche, cuando reconcentrado el espíritu y los sentidos nuestra conciencia nos pide cuenta de lo que hemos hecho durante el día que acaba de terminar; cuando nuestra conciencia, no satisfecha con nuestro proceder, nos reconviene y nos dice: «Te has apartado de tu Dios; has practicado el mal y ni siquiera has procurado el bien; has ofendido á tu Dios; llámale y pídele perdón,» cuán dulce, cuán consolador es en tales momentos recordar estas sublimes y amorosas palabras de nuestro Padre celestial: «Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, que yo os haré descansar.» (San Mateo, cap. xi, vers. 28.)

¡Cuánto consuelo, cuánta alegría, cuánta esperanza y cuánto amor encierran estas hermosas palabras!

En otra parte nos dice: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por sus ovejas.» (San Juan, cap. x, vers. 11.) En el mismo Evangelio. (San Juan, cap. xv, vers. 9.) leemos estas amorosísimas palabras: «Como el padre me amó yo os he amado; estad en mi amor.»

Del amor nace el perdón; hé aquí por qué nuestro padre perdonó, perdona y perdonará á todos los que, creyendo en él y confiando en su inmensa misericordia, en su infinito amor, le pidan humildemente que perdone sus pecados y cambie y regenere sus corazones.

Entre nosotros los padres perdonan las ofensas de sus hijos. Cuánto más perdonará nuestros pecados el que al preguntarle el Apóstol Pedro: «Señor, ¿Cuántas veces perdonaré á mi hermano que pecare contra mí? ¿hasta siete?»

Jesús le contesta: «No te digo hasta siete, más

aun hasta setenta veces siete.» (San Mateo, capítulo xviii, vers. 21, 22.)

Ahora bien. Nosotros que hemos tenido la dicha de conocer el Evangelio; nosotros que andábamos errantes y perdidos hasta que la misericordia de Dios, cogiéndonos como por la mano, nos ha puesto en el camino que conduce á la vida eterna; nosotros que sentimos palpar de gozo nuestros corazones solo al recordar que tenemos un Dios que nos ama y perdona; ¿nosotros imitamos á nuestro divino maestro? ¿amamos y perdonamos á nuestros hermanos?

Preguntemos cada uno á su conciencia y de seguro nos dirá que no. ¿No amamos á nuestros hermanos? Entonces no amamos á Dios. Bien claro nos lo dice el Evangelio. «Si alguno dice: Yo amo á Dios y aborrece á su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama á su hermano al cual ha visto, ¿cómo puede amar á Dios á quien no ha visto?» (1.<sup>a</sup> Epístola de San Juan, cap. iv, vers. 20.) También nos dice la palabra de Dios: «Cualquiera que aborrece á su hermano, es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en sí.»

«En esto hemos conocido el amor de Cristo, porque él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por nuestros hermanos.» (1.<sup>a</sup> Epístola de San Juan, cap. iii vers. 15 y 16.)

Por último, en la misma Epístola, cap. iv, versículo 8, dice terminantemente: «El que no ama no conoce á Dios; porque Dios es amor.»

¿Perdonamos á nuestros hermanos? No podremos perdonarlos no amándolos, puesto que el perdón es consecuencia precisa del amor; y si no perdonamos á nuestros hermanos, tampoco Dios nos perdonará. Escuchemos sus palabras: «Mirad por vosotros. Si pecare tu hermano, repréndelo, y si se arrepintiere, perdónale.

Y si siete veces al día pecare contra tí, y siete veces al día se volviere á tí, diciendo: Pésame; perdónale.» (San Lucas, xvii, 3, 4.) Y San Mateo en el cap. vi, vers. 14, 15, nos dice: «Porque si perdonáreis á los hombres sus ofensas, os perdonará también á vosotros vuestro Padre celestial.

Mas si no perdonáreis á los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.»

Por lo tanto. Si no amamos ni perdonamos, no somos verdaderos cristianos, puesto que no imitamos á Cristo y olvidamos lo que dice, más bien lo que manda en estas palabras:

«Vosotros sois mis amigos, si hiciéreis las cosas que yo os mando.» (San Juan, cap. xv, vers. 14.)

Nosotros, por desgracia, en vez de amar aborrecemos, en vez de perdonar guardamos rencor, en vez de practicar la caridad nuestras lenguas se convierten en saetas emponzoñadas que, disparadas á traición, hieren al virtuoso, al humilde, al honrado, al laborioso y pocas personas son las que podrán decir con verdad: «Mi lengua no ha ultrajado, mi lengua no ha calumniado, mi lengua no ha deshonrado, mi lengua no ha llevado la discordia al seno de ninguna familia.»

Pues es preciso que los cristianos lo podamos decir; es preciso que amemos, que perdonemos y que nuestras lenguas nunca, nunca se empleen en daño y perjuicio de nuestros hermanos; pero no basta decirlo, es preciso practicarlo, porque el ejemplo convence más que la palabra.

¿Y cómo podremos practicar esta doctrina? ¿Cómo? Reconociendo nuestra miseria y confesándola. Orando con fe y con humildad; pidiendo á nuestro Dios y padre celestial que nos fortalezca, que nos ayude, que derrame sobre nosotros su divina gracia, su santo espíritu, su infinito amor para que, con su ayuda, practiquemos el bien, aborrezcamos el mal y amemos y perdonemos, no solamente á nuestros hermanos, sino también á nuestros enemigos.

MANUEL FERNANDEZ.

## LA ORACION HECHA EN NOMBRE DE JESÚS.

### I.

Todos los hombres de Dios que bajo la antigua economía han hecho grandes cosas en bien de la humanidad pecadora, y para ensanchar los límites del reino divino en la tierra, no solo han sido hombres de oracion, si que además han tenido la seguridad de que Dios, siempre atento á las súplicas de sus hijos, escuchaba sus plegarias. Segun las santas Escrituras, lo que esos hombres han realizado en la tierra lo han conseguido en gran parte por medio de sus oraciones.

Jesús ha confirmado la convicción de los israelitas creyentes con estas palabras memorables: «quien pide recibe, quien busca encuentra, y le será abierto á aquel que llama;» afirmacion que supone que Dios á causa de las oraciones de sus siervos hace cosas que no hubiera hecho sin ellas. Y si las primeras palabras de Jesús pudieran dejar alguna duda en el ánimo de nuestros lectores, mediten estos lo que en otro lugar dice el Redentor del amigo que despierta á su amigo á la hora de media noche para conseguir lo que pretendía, ó de la viuda importuna hasta cierto punto, que no dá punto de reposo al juez incómodo hasta ver que se la hace cumplida justicia.

El Dios de la Biblia es libertad y amor. Si el árbitro soberano del universo no supiera ni pudiera realizar su voluntad siempre respetando la libertad humana, no sería un Dios de libertad, como si no escuchara las oraciones dejaría de ser un Dios de amor. Y ese Dios sin amor y sin libertad, ¿sería el Dios vivo de que nos habla el Evangelio?

Mas Cristo no ha exhortado solo en general á que invoquemos al Padre que está en los cielos; quiere además que le invoquemos en su nombre. «Hasta ahora, dice á sus discípulos, nada habeis pedido al Padre en *mi nombre*,» y despues les recomienda que así lo hagan añadiendo: «Todo lo que pidiéreis al Padre en *mi nombre*, yo lo haré.»

Si se nos pregunta ahora lo que significa orar en nombre de Jesucristo, podemos responder de una manera muy clara y sencilla. Orar en nombre de Jesús quiere decir que el cristiano ha de presentarse delante de Dios animado de estos sentimientos. Jesús me envía y por esto acudo á tí; no soy digno de invocar tu nombre, oh, Dios, tres veces santo, más Jesús me ordena que lo haga y yo obedezco su voluntad.

La oracion debe tambien estar en armonía con lo que Jesús quiere que pidamos, para lo cual nos ha dejado instrucciones y lo que es más precioso aún, su Divino Espíritu que habla á nuestro corazón y nos dice cómo debemos expresarnos.

Hay almas que oran en el nombre de Jesús y otras que oran en su propio nombre. Son estas las que se creen bastante fieles para que el Señor las atienda y les dé cuanto desean; las primeras no se atreven á hacerlo sino porque Jesús les concede ese precioso privilegio, y piden no lo que su sentido natural desea, sino aquello que está conforme con el pensamiento del Divino Maestro, el amigo de los pecadores.

De todos estos puntos nos ocuparemos en otros artículos.



## PELAGIA

## Ó LA HISTORIA DE UNA NOTABLE CONVERSION.

En la ciudad de Antioquía, á orillas del rio Orontes en Siria, en donde la congregacion del Señor fué llamada primeramente con el nombre de los cristianos, se reunió en tiempos pasados un gran concilio. Se habian juntado obispos de muchas ciudades y paises para dar consejos sobre cómo la Iglesia del Señor podia encontrar remedio á sus agravios y detrimentos.

En este tiempo el cristianismo y el paganismo se hallaban juntos en la poblacion; luz y tinieblas se mezclaban. Cuando la Iglesia hubo congregado un ejército de sus obispos piadosos y de su congregacion junta con ellos, tambien los paganos hacian lo posible para demostrar su poder. Atraian con toda arte á la carne, para que el espíritu en su ciudad no mortificase las obras de la carne. Espectáculos, fiestas á los ídolos, pompas brillantes y procesiones voluptuosas, eran sus armas contra el hijo del carpintero de Nazaret, quien sobre un asno prestado habia entrado en la ciudad del gran rey y debajo de la cruz habia salido de Jerusalem. Así luchaban los dos partidos uno con el otro.

Sucedió, pues, un dia, que los obispos, habiéndose detenido en sus oraciones y deliberaciones, se recreaban en su trabajo. Conversando estaban sentados delante de la puerta de la iglesia de Juliano mártir. De repente se animó la calle. Una procesion grande y pomposa pasaba por ella. La más famosa y la más hermosa actriz de Antioquía, que se llamaba Pelagia, daba una vuelta por la ciudad. Cabalgaba en un mulo, el mejor de todos los que podia producir el Oriente. Ella misma estaba adornada con el gusto más esquisito con oro, con piedras preciosas y perlas. Una muchedumbre de hermosos y muy bien adornados jóvenes y doncellas la rodean. Pero entre todos ellos se distinguia Pelagia como la perla entre el oro. Por su grande hermosura y por sus alhajas preciosísimas la llamaban tambien «la perla de Antioquía.» Con la cabeza y la nuca desnudas, alzando la frente desvergonzada, Pelagia pasaba á caballo delante de los obispos mirándolos con una mirada arrogante, riendo y burlándose de ellos con desprecio como si quisiera decirles: Vosotros, perturbadores de alegría, viejos habladores del Hijo unigénito de Dios; vosotros que despreciáis el goce de este mundo y habláis tonterías del mundo venidero; ¿quién de vosotros quiere luchar conmigo? El mundo es mio. Los obispos apartando sus ojos gemian en sus corazones. Solamente Nonnus, obispo de Antioquía miraba á la comedianta sin apartar los ojos de ella y siguió mirándola hasta que la procesion hubo pasado. Cuando ella habia desaparecido tornándose á los obispos les preguntó: «¿No os habeis edificado en esta grande hermosura?» Ellos no contestaron; pero el seguia diciendo: «En verdad, yo me he edificado muchísimo mirándola, porque yo pienso que Dios presentará á ella enfrente de nosotros en el dia del juicio final. Qué, ¿pensais cuántas horas ha pasado esa mujer en un tocador para lavarse y aderezarse? ¿Cuánta aplicacion, cuán grande atencion y reflexion debe ella haber aplicado á cada parte de su adorno para ser agradable á los ojos de todos, para ganar el favor de sus amantes que hoy viven y mañana han desaparecido! Pues bien, nosotros que tenemos como amigo al Dios Todopoderoso en el

cielo, al que promete á sus fieles las riquezas celestes, remuneraciones inapreciables, ¿qué haremos nosotros para ser agradables delante de él? ¡Cuán poca aplicacion, cuán poca meditacion y atencion empleamos para vivir enteramente conforme á su voluntad!» Habiendo dicho esto se volvió á su casa y entrando en su cámara se arrodilló, hiriendo su pecho y oró con muchas lágrimas así: «Señor Jesucristo, perdona á este pobre é indigno pecador, el que esta pecadora haya adornado á su cuerpo más atentamente que yo á mi alma. ¡Cómo puedo yo alzar mis ojos á tí, Dios omnipotente! ¡cómo justificarme delante de tí, ¡Dios santo! ¡Ay de mí miserable, que yo estoy en pie delante de tu altar sin ofrecerte ninguna alma tan fiel y tan hermosa como tú me la pides! Aquella mujer se ha propuesto agradecer á los hombres y lo ha logrado. Yo te he prometido vivir agradecido á tí pero mi pereza me desmiente. Pobre y destituido de la gloria que debia yo tener delante de tí, héme aquí avergonzado porque no he cumplido con tus santos mandamientos. No tengo esperanza ninguna mirando á mis obras; solamente el pensar en tu gracia y misericordia me consuela.» Así hablaba vertiendo un raudal de lágrimas.

(Se continuará.)

## EL CARRO DE FUEGO DE ELÍAS.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa el carro de fuego en donde segun las Santas Escrituras fué Elías arrebatado de la tierra. Para conocer bien este hecho tan notable bajo tantos conceptos, léase en el libro segundo de los Reyes, en el capítulo II desde el versículo 1.º hasta el 14 inclusive.

## PENSAMIENTOS.

He visto las estrellas y la luna  
Volver su luz de plata  
Y he dicho á mi conciencia: «Escucha, escucha,  
De Dios es de quien hablan.»

Te he visto llorar,  
Te he visto reir,  
Te he visto gozar,  
Te he visto sufrir.  
¡Quién te oyera, quien  
Con formal dolor,  
Exclamar: «Mí bien  
Eres tú, Señor!»

He visto pasar á un hombre  
Debajo de mi balcon,  
Y he dicho al ver sus andrajos,  
«Más tengo en el alma yo.»

Palomita que cruzas  
Eres muy blanca.  
¡Quién el alma tuviere  
Como tus alas!

Mis pecados son mis hijos,  
¡Señor, acaba con ellos!  
No puedo quererte á tí  
De tanto como los quiero.

La flor tiene colores,  
El ave cantos,  
La primavera amores  
Y el cielo encantos.  
Y yo, ¿qué tengo?

—Tus enojos, Dios mio  
Que harto merezco.

—¡Vaya que sí!  
—¡Vaya que no!  
—Mira que alondra  
Huye veloz.  
Así es la dicha  
Del corazon,  
Vuelo de pájaro,  
Sueño de amor.

A. SANCHEZ DEL REAL.

## LA FUENTE DE LA VIDA.

Una señora que acostumbraba á viajar mucho, se detuvo un dia en una aldea situada al pie de unas hermosas montañas. En el centro de la plaza habia una fuente á donde los vecinos de la aldea acudian con sus cántaros para surtir de agua durante el dia.

—Dime, niña, preguntó la señora, á una que muy diligente volvia á su casa con una jarra de agua en las manos; ¿se seca esta fuente algunas veces?

—Sí, señora, con frecuencia se seca cuando hace mucho calor.

—Y entonces, ¿á dónde vais á buscar el agua?

—Vamos á un manantial que hay de aquella parte de la aldea, no muy lejos de aquí.

—Y cuando aquel manantial se seca, ¿qué haceis para surtir de agua?

—Entonces vamos á otro más distante que está al pie de aquella montaña.

—¿Y qué haceis cuando ese tambien se seca?

—¡Señora! ese no se seca nunca, lo mismo corre en invierno que en verano.

La señora se encaminó hacia donde brotaba el inagotable manantial. Salia este de una fuerte peña y se deslizaba manso y limpio por entre dos franjas de verde yerba. Allí venian las mozas del pueblo á buscar agua en tiempo de sequía; allí bajaban los pajarillos á apagar su sed; allí se encaminaba el pastor para abreviar su ganado; aquel manantial era la salvacion de la aldea.

Pues así es Jesús para su pueblo; es la fuente de vida que siempre brota pura y cristalina aun en medio de la más espantosa sequedad. Donde Jesús está, florece el desierto como la rosa y no existen más la aridez ni la desolacion. Hay en Jesús alegrías que el mundo desconoce. Las que encontramos en otras partes ó en otros objetos se secan como la fuente de la aldea apenas aparecen los primeros rayos del sol abrasador; más las que Jesús proporciona, parecidas á las aguas del monte, no se agotan nunca.

La verdadera fuente del gozo es el mismo Jesucristo, que vino al mundo para salvar á los pecadores, que derramó su sangre por nuestros pecados, que resucitó y vive á la diestra de Dios para interceder con él por su pueblo.

El cristiano encuentra un gozo inefable al pensar en lo que Jesús ha hecho, en su vida y en su muerte, en su intercesion y vigilancia, en la tierna solicitud, en fin, con que provee á nuestras necesidades y nos prepara para que un dia vivamos con él para siempre en perpétua felicidad.

El es la fuente de la vida, él la luz del mundo, y los que en él creen nunca quedarán confundidos.



## OCHENTA AÑOS DE LUCHA.

El príncipe Guillermo no era el mismo que antes de marchar á Francia. El trato con los hugonotes le había convertido al protestantismo. Tan grande fué el cambio que se operó en él que, cuando recibió la nueva del terrible desastre de Fleningen, la recibió como una prueba que Dios le enviaba á él y á su causa. Pero en medio de todo no perdió nunca el carácter que le era propio. Sóbrio y austero siempre; enemigo de todo lo que era anti-natural y cómico; sufrido siempre en la desgracia y modesto en la prosperidad; recordando siempre que se debía á una gran causa y haciendo por ella todos los sacrificios, el de Orange era una de las figuras que más brillaron y se destacaron en los orígenes del protestantismo.

De todas suertes los asuntos de este lo mismo en Francia que en Flandes iban de la propia manera: mal. Guillermo había logrado atravesar las líneas del enemigo, y disfrazado de campesino había logrado penetrar en la Alemania. Pero su situación era crítica. Estaba pobre y despojado; pesaba sobre él una sentencia de muerte; había vendido su vajilla y ya nada le quedaba, y los mismos soldados que habían servido á sus órdenes no le dejaban sosiego ni reposo pidiéndole las pagas que les adeudaba. Aquellos mismos que deberían ayudarle le volvían la espalda. Los nobles, los duques, los grandes príncipes, los electores del imperio se desentendían de sus peticiones, y más le consideraban como á un loco que sueña con la realización de empresas imposibles, que como á un libertador que quiere sacudir la tiranía que pesa sobre su pueblo. ¿Quién acudió en su ayuda? El que no abandona nunca las grandes causas, el que comprende los sufrimientos de los demás, porque siente vivamente los suyos; el mártir eterno de la historia sumido en todas las ignorancias y arrastrado á todos los calvarios; el pueblo.

Es sabido que al principio, y lo hemos referido en nuestros primeros artículos de esta guerra de independencia de Flandes, los nobles confederados adoptaron la divisa de «vivan los mendigos.»

A semejanza de estos mendigos de tierra, los que armaron buques y se lanzaron á la mar con las patentes de Cónsul que les otorgó Guillermo, se llamaron dimengos de mar. Una vez en Alemania el de Orange se dedicó á reformar los abusos que «estos mendigos de mar» cometían, y dió diversos estatutos, uno de los cuales decía, que todos cuantos quisiesen entrar en la escuadra como soldados ó como marinos habían de ser hombres honrados y de buena conducta. Este fué el origen de esa magnífica marina holandesa, que ha asombrado á la historia y al mundo con sus hazañas y sus viajes. Una noche supo con terror el duque de Alba que estos corsarios se habían apoderado de la Brielle. Esta fué la causa por la que mandó suspender la ejecución de los diez y ocho comerciantes de Bruselas, para los cuales tenía ya preparada la cuerda el verdugo Carlos.

Desde este instante las condiciones de la guerra cambiaron ya para los patriotas flamencos. Tuviron una plaza fortificada en que apoyarse, y que fuera la base de todas sus operaciones militares. El duque de Alba intentó en vano recuperar á la Brielle. Poco después perdió á Flessingen y solo reconquistó á Botterdam por una infame perfidia. El entusiasmo de los indígenas creció con estas victorias del de Orange; los fogosos se entusiasmaron más y los cobardes que solo aparecen á la última hora salieron también. El movimiento revolucionario cundió por todas partes. Gueldre, L'Overysse y el arzobispado de Utrech se levantaron también en armas. En las ciudades insurreccionadas se procedió á la elección de nuevos magistrados á los que se les exigió un doble juramento; el de fidelidad á Felipe II y á su estatuer Guillermo y el de resistencia á la Inquisición, al duque de Alba y á los nuevos impuestos. De este movimiento nacieron las repúblicas vatabas. Esto pasaba en el Norte; en el

Sur el hermano de Guillermo Luis de Nasarre, se apoderaba de Mons. Viendo el de Alba que la tempestad rugía por todas partes y que ya no tenía casi punto fijo á donde retirarse, convocó los estados generales que ya ni nadie los quería, ni eran precisos, puesto que el pueblo por su propio esfuerzo iba reconquistando su independencia. El primer acto de los estados generales, fué despojar al de Alba de toda su autoridad y ampararse bajo la bandera de Guillermo que había vuelto á tomar el cargo de estatuer de que había sido revestido en 1559. Las cosas entonces para la causa de la independencia de Flandes, empezaron á marchar con viento próspero. La suma que el príncipe de Orange necesitaba para concluir con la tiranía del de Alba le fué votada por los Estados generales. Del mismo Carlos IX, aquel pérfido monarca que arcabuceaba á su pueblo desde los balcones del Louvre recibía mensajes en que le aseguraban que quería emplear todas sus fuerzas en dar la libertad á Flandes. El mismo almirante Colligny le aseguraba que él en una época próxima que le fijaba marcharía á ayudarle por orden del rey, con 12.000 arcabuceros franceses y 3.000 caballos. La famosa jornada de Saint-Barthelemy, puso término á tan lisonjeras esperanzas. Al tener conocimiento de cuanto había sucedido en aquella noche verdaderamente horrible para los hugonotes, el de Orange cayó en profunda tristeza. Cuando por mas medios creía poder contar, estos iban á faltarle casi por completo. Sucedióle lo que cuando la derrota de Flessingen; puso su confianza en Dios y esperó tranquilamente los sucesos.

## AL PUEBLO.

Yo conocí dos jóvenes.

Eran muy distintos.

El uno era un carácter sério y grave, lo que no le impedía saber ser jovial cuando era preciso; el otro era frívolo, insustancial, ligero y se reía siempre, lo que es un grave defecto.

El primero era pobre pero trabajaba mucho.

El segundo no trabajaba nada y gastaba en frivolidades y tonterías los restos de la fortuna de su madre.

Andaba siempre en clubs, reuniones y en casinos.

Hablaba de todo y especialmente de lo que no sabía, con lo cual, los tontos, que son los más, le tenían por un sábio.

¿Quién era más patriota que él? Nadie.

¿Quién más desinteresado, más probo, más consecuente que él? No existía en el mundo.

Se las echaba de orador. ¿Quién no se las echaba hoy de eso?

Nadie había sufrido más que él por su causa. Sé creía postergado y digno de una carterá.

De cartero, decían algunos.

Hablaba mal de los más grandes hombres, miraba por encima del hombro á todas las notabilidades y se decía: «No son dignos de mí.»

Qué ridículo era aquella especie de pavo real, siempre tan hinchado y siempre tan ridículo.

¿Había un rumor público? El era el orador con sabido. ¿Una manifestación ultra-internacionalista? El era el director. Se parecía algo á la música de Wagner en que ella y él creen del porvenir, con la diferencia siempre que hay entre una águila y una alondra.

El otro joven era todo lo contrario.

Tenía todas las virtudes del trabajo y todos los defectos de la modestia.

Los que le conocían, le estimaban.

Del otro se reían los más.

El primero con su trabajo se hizo nombre; después, aunque lentamente, se fué haciendo rico.

El trabajo es una bendición celeste.

El otro vendió las tierras de su madre, la huerta de su madre, la casa de su madre y un día de hambre hurtó los muebles que ella usaba.

La pobre vieja se murió de tristeza.

El ya no iba á los clubs, ya no era célebre entre los rojos, ya no decía extravagancias ni exajeraciones, ya no era ni siquiera charlatan.

Llevaba una camisa sucia y una levita vieja y se iba á los garitos á sentarse y á dormirse en un rincón, si le dejaban para tener donde pasar la noche.

Se contemplaba á sí propio y viéndose tan inútil se decía: «¿Para qué sirvo yo en el mundo?»

Un día el uno le encontró al otro. Se habían conocido en la escuela y se hablaron.

—¿Qué has hecho para estar tan flámante? le preguntó el pobre.

—Trabajar, contestó el otro. ¿Y tú?

Bajó la cabeza el interrogado y se fué sin contestar. Quizá á última hora comprendía que sus delitos habían sido la holgazanería de todas especies, que hay muchas especies de holgazanería.

¿Lo entiendes, pueblo? ¿Cuál de los dos eres tú? Quizá el último.

Mucha vida política, muchos discursos, muchas arengas y en la casa la pobreza, la miseria, el hambre quizá.

¿Quién tiene la culpa de esto, pueblo? Tú y aquellos á quienes tú encumbras con tu sangre y con tus votos, y que ni saben abrir nuevos cauces á tu actividad ni dejarte aprovechar de tu trabajo.

Trabaja, pueblo. El trabajo es un castigo de la vida hasta tanto que se sabe convertir en una puerta de todas las glorias.

## ENTIERRO EVANGÉLICO EN ROVEREDO.

En un pueblo llamado Roveredo, suelo italiano, á pesar de que pertenece todavía al imperio austriaco, vivía uno de nuestros hermanos en la fé que se llamaba Cristiano Voigt, alemán por nacimiento, y de oficio sombrerero. Hace algunos años que se había establecido con su familia en el Tirol italiano, donde procuraba sacar más partido de sus pobres negocios. Al poco tiempo de estar en Roveredo, supo captarse el aprecio, simpatías y afectos de sus vecinos, pero desgraciadamente, á principios del año presente, cayó enfermo, y después de una ligera convalecencia, sufrió una recaída que dió indicios de una muerte repentina. Llamado á toda prisa al lecho del moribundo, tuve yo el consuelo de encontrarle todavía vivo, y empecé á hablarle de Jesucristo, por cuyo sacrificio é intercesión todo pecador arrepentido y creyente puede lograr la salvación de su alma. El Señor le ayudó á escuchar con atención la lectura de su palabra, y después de dirigir yo una corta oración al cielo, encomendándole al Padre de todas las misericordias, exclamó: «Todo lo he comprendido; sé que Dios me perdona, gracias.»

Sabiendo yo que nuestro amigo tocaba á su fin, fuí á verme con el alcalde y el cura del pueblo para consultar con estos acerca de lo que había que hacer, caso de morir el referido enfermo. En Italia los cementerios pertenecen á los Ayuntamientos; empero en Austria pertenecen á los curas, y Roveredo, aunque perteneciente á Italia y poblado por italianos, es regido todavía por las leyes austriacas. Sin embargo, en honor de las autoridades de este pueblo, me apresuro á decir que tanto el cura como el alcalde me recibieron con la mayor cortesía, y me concedieron mucho más de lo que me hubiera atrevido á pedirles; pues no solamente pusieron á mi disposición el cementerio, si que también el alcalde, sin hablarle yo de semejante cosa me aseguró que el féretro, la caja y la sepultura se darían gratuitamente.

El 27 de Febrero recibí una carta en la que se me participó el fallecimiento de nuestro querido hermano, y al día siguiente salí para Roveredo, donde llegué á las cuatro de la tarde. Pronto se esparció la voz de que había llegado un pastor protestante, y á cada paso tropezaba con una turba que se iba aumentando á medida que me acercaba



á la casa del difunto. Una vez llegado allí, y teniendo á mi derecha el cadáver á la pobre viuda á la izquierda, y un inmenso gentío delante, saqué mi nuevo Testamento, leí el capítulo xiv de San Juan, expliqué los versículos 2 y 3, y oré en medio de un silencio sepulcral. ¡Figúrese el asombro de esas gentes que creían imposible que un hombre muriera ó fuera sepultado sin sacerdote, sin ceremonias, sin agua bendita, y que en su vida habían oído predicar el Evangelio!

Para llegar al cementerio, fué necesario atravesar una gran parte de la población. Aquel que no se hallaban en la calle se había colocado en el balcón y aun pude descubrir á alguno que otro enfermo que se había arrimado á la ventana para ver la procesion. Aquí un marido llama á su mujer y le dice: «Ven que vá á predicar otra vez en el cementerio.» Allí un muchacho le grita á su padre: «Papá, si quieres oír una oracion en italiano, corre presto.» Más adelante se oye á otro exclamar: «Esto me gusta.» En seguida se me acercaron dos jóvenes y me preguntaron recio: «¿Dónde están las antorchas?» (Velas). Señalándoles al sol que estaba á punto de ponerse les dije: «Hé aquí mi antorcha.»

Llegados al cementerio, toda aquella turba me rodeó ansiosa de oír el Evangelio. Leí el capítulo xi de San Juan, y expliqué las palabras del versículo 25. «Yo soy la resurreccion y la vida.» Mi discurso fué escuchado con la mayor atencion y respeto. Muchos de los circunstantes se mostraron visiblemente conmovidos, y todos aparentaron estar hambrientos y sedientos de la verdad.

Terminó mi oracion, repitiendo el *Pater noster*, y la bendicion. Apenas había yo acabado cuando se le oyó á uno exclamar: «Sí que comprendo, tengo un alma inmortal, tengo á un Dios que me ama, á un Salvador que me redimió y que me resucitará, basta.» Otro añadió: «Nunca hemos oído estas cosas antes, y ¿quién sabe cuándo tendremos el gusto de volver á escucharlas?» «Esta es una religion sencilla, verdadera y consoladora,» dijo un tercero. Tales eran las palabras espontáneas de unas gentes conmovidas y entusiasmadas por el anuncio de aquella verdad que salva. Tanto las autoridades como los habitantes de esta población de 12.000 almas se han hecho acreedores á nuestro más vivo respeto y reconocimiento.

G. PONS, MINISTRO EVANGÉLICO.

## BLANCA GAMOND.

(Conclusion).

Durante una semana los cirujanos que habían operado á Blanca, estuvieron curándola; pero al cabo de este tiempo, el Rector del hospital exigió que fuera entregada á los cirujanos de él. En vano suplicó ella; no fué atendida. En medio de los sufrimientos que sus heridas la causaban, en medio del mal tratamiento que la daba uno de los cirujanos del Hospital, Mr. Boyter, tuvo por esta época un consuelo. El Rey dictó varias disposiciones sobre los protestantes que no habían abandonado su fé. Mademoiselle de Leuze fué puesta en libertad mediante el pago de seis pistolas. Otras varias de las jóvenes allí encerradas se vieron libres tambien por el dinero que pudieron entregar, y no quedaron en el Hospital más que tres; mademoiselle Terrasson, Antoinette Benon de Saint Auban y Blanca. Al poco tiempo mademoiselle Terrasson salía tambien.

Pero como quiera que Dios no abandona á los suyos, iba á sonar al fin tambien para ella la hora del rescate de la servidumbre. Un dia un caballero detenido en el Hospital como ella, penetró en su estancia y la dijo que dentro de dos dias el precio de su rescate estaria en poder del Rector del Hospital, y la dejaría libre. La alegría que sintió Blanca al oír esta nueva, fué grande. Los dolores de sus heridas la parecían ya ménos vivos y penetrantes. Dios se había acordado de ella, y hacia lucir para

ella tambien un nuevo sol de dicha y de alegría. Llegó, en fin, el precio del rescate y el mismo Rector la acompañó hasta la puerta alumbrándola, porque era de noche, y para que todo el mundo viera que salía de aquella casa. A la puerta encontró á su madre; júzguese cuántas exclamaciones lanzaría, y cuántas veces se arrojaría la una en los brazos de la otra. El dia 26 de Noviembre de 1687, escribía ella en su diario: «Dios me libertó de mis enemigos. Alabanzas, gloria y gracias inmortales le sean dadas ahora y para siempre.» El trayecto hasta su casa fué penosísimo. Ella hubiera querido salir el mismo dia de una ciudad en la que había una casa tan infame como aquel Hospital; pero sus heridas y sus dolores no se lo consintieron. Tuvo que permanecer en una casa seis dias acostada; su padre y su madre la cuidaban. Aquellos mismos dolores eran una especie de cielo despues de los martirios por que había pasado.

No se sabía cómo trasportarla. El movimiento de un carruaje cualquiera la era insoportable; pero su deseo de llegar pronto á Ginebra la hizo encontrar un medio para poder caminar hasta ella. Mandóse colocar sobre un caballo en cierta postura y así logró andar cerca de dos horas. Pero eran tantos sus dolores que hubo que detenerse y se la tendió sobre un lecho como muerta, sobre el que permaneció algunos dias. Catorce leguas separan á Valence de Grenoble; un mes tardó en andarlas de esta manera. Por todas partes por donde pasaba, infelices que no habían tenido el valor de ella para resistir á la prueba, la rogaban que los perdonase, como si fuera ella y no Dios el que los hubiera de perdonar. En Grenoble recibió muchas visitas y allí permaneció hasta Febrero de 1688.

Un poco más aliviada ya, el trayecto de Grenoble á Ginebra lo hizo en pocos dias. Aquella era la ciudad de sus sueños y de sus amores. En ella fué acogida con vivo entusiasmo y simpatía extraordinaria. Su amigo el pastor Murat se apresuró á venir de una aldea próxima en que estaba, para darla pruebas tambien de su cariño y de su afecion. Esta debía ser la visita última que recibía de este excelente siervo de Dios, porque este había dispuesto llamarle á su seno el dia 14 de Mayo.

Cada dia mejor, una vez ya se atrevió á ir la pobre Blanca al templo de Saint-Gervais. ¡Qué alegría tan intensa sintió! ¡En qué especie de éxtasis cayó cuando, libremente, sin dolores ni tormentos en el cuerpo, pudo dirigirse á Dios! Otro dia fué al templo de Saint-Pierre. «En estos dichosos momentos, escribe ella, haz ¡oh, Dios! que yo tenga siempre paz recostada sobre el muro de esta Jerusalem; que tu Evangelio sea siempre predicado de padres á hijos y de generacion en generacion, y en fin, que no luzca en el cielo ni otro sol ni otra luna que él.» Al salir de la iglesia, Dios la deparó un buen encuentro; á una de sus antiguas compañeras de cautividad á mademoiselle Jaquet. Llevóla esta á su casa, y estuvieron hablando largo rato de los mútuos padecimientos que habían sufrido.

En el mes de Setiembre Blanca recibió la dolorosa nueva de la muerte de su madre, acaecida en Berna. Este golpe, despues de tantos otros, sumióla en lóbrega y profunda tristeza; pero como cristiana y resuelta como estaba á ofrecer á Dios todos sus dolores, presentóselos en efecto, y el Señor por medio del venerable pastor Mr. Pierre Graudy la envió consuelos y esperanzas. Encaminóse á Berna donde se hallaba su padre; ella tan afligida tuvo que consolarle á él. En aquella ciudad libre escribió la relacion de todo lo que padeció por la libertad de su conciencia y por el Dios de su corazón. Su relato terminaba con estas palabras de la Epístola á los Corintios: «Mi gracia te basta porque mi virtud manifiesta su fuerza en la enfermedad.»

Martir ilustre entre todos los ilustres mártires del siglo xvii, tu memoria vive en la memoria de los pueblos; tu alma en el cielo, el relato de lo que sufriste por la libertad de conciencia será una página candente siempre para los que aman las grandes ideas de libertad y emancipacion en todas las esferas de la vida. Mujer débil como eras, fuiste más

fuerte que muchos hombres. Las flores que crecen sobre tu sepulcro, están regadas por la humanidad entera. Ella aspira con aura sus perfumes que son la gloria, el heroísmo y la inmortalidad. Vive para los mártires, vive para los oprimidos, vive para ser una leccion permanente de constancia y de fé para las almas tímidas y cobardes.

## Á LA MAÑANA.

Yo, Señor, cantaré tus alabanzas  
Y te consagraré de cada día  
La primera hora, para dar las gracias  
A tus misericordias infinitas.  
Porque tú eres mi amparo, mi refugio  
En todos los peligros de mi vida,  
Y en mis tribulaciones más terribles  
Eres el seno en que mi amor se abriga.  
Yo cantaré tu gloria, Dios amable,  
Y te dirá mi alma enternecida:  
Tú eres mi apoyo, mi única esperanza,  
Mi dulce Dios, misericordia mía.

P. OLAVIDE.

## LA VIDA ETERNA.

SEGUNDO DISCURSO.

El materialismo.

(Continuacion.)

Los frutos de la tierra, sosten de la vida del cuerpo, son causa de la lucha y el premio de la victoria; el alimento, pues, es del más fuerte. Sin embargo, el interés de todos, y aun el de los más fuertes, que siempre están expuestos á encontrar otros más que ellos mismos, ó ser muertos por los más débiles, la *recta razon*, como dice Hobbes, exige y reclama imperiosamente la paz. Su necesidad es la razon de ser social. ¿Pero sobre qué base establecer el orden social, cuando no existe el derecho ni la justicia? Sobre la fuerza. El sostenimiento de la sociedad exige un poder bastante á resistir los deseos de todos; menester es un gobierno inviolable, que sea dueño de las personas, de las ideas, de la religion, en una palabra, todopoderoso y que se le considere como infalible. Si hallara alguna oposicion, el derecho de la fuerza seria salvado, pues solo ella libra la sociedad de la anarquía, de la guerra primitiva, amenazante siempre. Por otra parte, importa poco que el poder esté en manos de un monarca hereditario, de un demagogo, ó de un consejo federal; lo que es menester, es que el poder sea absoluto.

Fiel á sus principios, Hobbes abandonó la Inglaterra cuando la revolucion destruyó la monarquía, pero volvió á ella cuando tuvo un dictador. No nos hagamos ilusiones: aquí no hay sino una teoria servil; el temor llama á la fuerza, y la fuerza ayuda al miedo.

Ahora, considerad y ved cómo pasa Hobbes por uno de los hombres más lógicos, por uno de los espíritus más hábiles que saben llevar una idea hasta sus más ínfimas consecuencias. Sus raciocinios son muy severos; la sociedad de Hobbes es la sociedad del materialismo, que se completa en proporcion al desarrollo del culto exclusivo á la materia. Cuando nada significan el derecho y la justicia; cuando la opinion pública no es más que un capricho ciego para los que solo aman el placer; cuando la máquina social no funciona más que á impulsos de rivalidades y odios, como consecuencia de ellas; cuando una sociedad tiende á un estado que la hace imposible, entonces la fuerza es su única ley, porque como dice Hobbes, la paz es uno de los intereses más principales de la sociedad. Así es, en efecto; pero asegurar que ese estado de cosas es legítimo, no deja de ser una doctrina horrorosa. Esta



es la política del materialismo; juzgad ahora, señores, el árbol por sus frutos.

Cuando se trata de la verdad, se debe evitar toda consideración extraña á la verdad misma, porque no hacerlo así es un crimen. Pero si reconocida, la hallamos en la tradición de nuestro pueblo, ¿por qué no decirlo? Para honor suyo, ¿como no tener una viva satisfacción en demostrarlo, cuando la Suiza, y muy especialmente Ginebra, ha dado un ejemplo tan admirable en la cuestión que nos ocupa? En el siglo último, el materialismo levantó la cabeza en casi todos los pueblos de Europa, hallando en todas partes protectores muy altos; por ejemplo, Lamethie, que había sido expulsado de Francia y de Holanda por sus escritos demasiados libres, halló un apoyo poderoso en la corte de Federico de Prusia. Muy joven aún, murió en Berlin, mereciendo que su oración fúnebre fuese pronunciada por el rey, haciendo que se leyera en la Academia por su Secretario de órdenes; hé aquí el rasgo característico de una época en que las doctrinas más atentorias á la dignidad humana, hallaban protección en los grandes poseídos.

De ese espíritu erróneo de las leyes  
Que dictó la caída de los reyes.

¿Qué hacía en tanto la Suiza? En Berna brillaba Haller, hombre de una erudición inmensa y naturalista de primer orden: Jurich se iba ilustrando con las obras de Larater; Ginebra, unia al sabio Carlos Bonnet á Abraham Trembley, que también se abría paso en el catálogo de las celebridades, conquistando un nombre en el mundo científico: cuatro hombres consagrados á esos estudios, que al fijar la atención sobre los fenómenos exteriores, inclinaban el espíritu á reconocer la realidad y derechos del ser espiritual que obra en nosotros; es decir, cuatro hombres consagrados con su talento y sus plumas á la causa de las ideas espirituales y las creencias religiosas.

En la misma época, un hombre abandonaba esta ciudad, cuyo recuerdo debía serle muy grato, cuando á tanto honor tenía poner al frente de sus libros: *Ciudadano de Ginebra*. No me olvido de que tal vez en esta sala haya algunos admiradores y discípulos de ese escritor famoso; pero comprendéis que no he de sacrificar la verdad de mis convicciones al temor de desagradar á alguno. Pues bien, en la vida de Rousseau, hay mucha vergüenza en sus doctrinas; la negación más lastimosa de verdades muy esenciales á mis ojos en sus escritos; algunas páginas que quisiera relegar al olvido para unirme á aquellos que le han consagrado una estatua. Por lo demás, yo no hablo del hombre, sino de sus obras. En la parte que venimos ocupándonos, ¿cuál ha sido su idea? Rousseau vivía en la sociedad más brillante y una de las más corrompidas del universo; en una sociedad que se necesitaba mucho valor para decir que se creía en Dios, ó para sostener las más simples nociones del deber; y sin embargo, sostuvo la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la justicia del porvenir. El dió una brillantez á la grandeza de la conciencia humana, cual no otro, y profesó noblemente una veneración sublime á la santidad del Evangelio. Así, pues, mientras que algunos hombres sencillos sostenían valerosamente el estandarte del espiritualismo, este glorioso gigante de la patria derramaba sobre Europa, con el torrente de su elocuencia, paradojas, errores y sofismas, pero mezclados de altos pensamientos y aspiraciones muy generosas.

No, señores; el materialismo en nuestro suelo, no tiene raíces, si bien alguna vez lo ha abrigado; por esto me ha parecido muy conveniente consagrarle este trabajo, para que con la atención que sus peligrosas doctrinas exige, podamos conocer su naturaleza, mostrar su debilidad y apartarnos de su veneno.

## REMITIDOS.

Sr. Director del periódico LA LUZ.

Muy señor mío y de mi mayor consideración: Movido de un gran pesar que hasta indignación causa á cualquier cristiano que pertenezca á la verdadera religión de Nuestro Señor Jesucristo, como por la misericordia de nuestro Dios me honro en ser uno de esa Iglesia, no puedo ver con indiferencia el apogeo en que aun se halla el oscurantismo en los pueblos que me hallo recorriendo del partido del Barco, de esta provincia de Avila, en comisión de reclutar voluntarios para los batallones francos.

Cuál sería mi pesar, Sr. Director, el domingo pasado día 2, hallándome en un pueblo que se llama Casas del Puerto Tornavacas, al ver salir de misa á la gente unos pesarosos, otros con el rostro como si hubiesen cometido un grave delito, también algunas mujeres mirándose como sorprendidas y hasta algunas les oía decir: «¿Qué personas estas que no han de hacer caso de este cura que es un santo!»

Se acercaron algunos hombres á mí, y les pregunté qué había ocurrido en la misa, y vea Vd., Sr. Director, el pecado tan grande que el pueblo había cometido; era que hacia tres días habían pasado dos expendedores vendiendo Biblias y Evangelios, y varias personas habían comprado algunas de estas; pero el señor cura lo supo, y el domingo en la misa dijo que sabía habían comprado en el pueblo algunos libros prohibidos; que el que los tuviese que inmediatamente los llevase á su casa para quemarlos, que de lo contrario todo el que leyese dichos libros era un herege y que no volviese á poner los pies en este lugar sagrado.

¿Cuándo llegará el día que los que se titulan ministros de Jesucristo, prediquen la palabra de Dios á estos pueblos que tan atrasados se hallan en materia de religión! Dios haga que llegue pronto ese día; entretanto pidámosle de corazón que nuestro pueblo se ilustre y abraze el Evangelio.

Sin otra cosa se ofrece de Vd. su atento y S. S. Q. B. S. M.

ISIDORO PRALLO.

Barco 6 de Mayo de 1873.

Señor Director del periódico LA LUZ y de la Iglesia cristiana del Redentor.

Muy señor mío: El que suscribe, congregado de la iglesia que Vd. tan dignamente preside y suscriptor del periódico ilustrado que dirige, toma hoy la pluma desde el lecho del dolor en que está sumido en este asilo de caridad, en demanda de los auxilios facultativos que mi dolencia reclama, teniendo que sufrir al fin una larga y penosa, como es la peligrosa operación de la tibia, después de haber agotado en mi casa los pocos recursos con que contaba hasta el punto de dejar á mi querida esposa é hijos sumidos en la desgracia y la miseria que es consiguiente proceda á una larga enfermedad como la que vengo sufriendo, y no contando como no cuento para mi subsistencia y la de mis hijos con otro recurso que mi trabajo. Ruego á Vd., señor director de la Iglesia cristiana á que presente á la congregación de los fieles la apremiante necesidad en que se hallan estos mis desgraciados hijos, niños aún, incapacitados de poder ganar su sustento por cuanto estos no cuentan más que 6 años de edad la una niña, y 12 el mayor, para quienes imploro la caridad cristiana de esa congregación y de cuantos tengan sentimientos humanos y caritativos, desde el lugar en que me hallo.

Por tanto, señor director, yo espero de su benevolencia contribuirá por su parte á hacer pública la apremiante necesidad de mis queridos hijos, cuya enfermedad moral me inquieta más que la mía física, por cuantos medios le sugiera su buen deseo. Al efecto manifiesto á Vd. la morada de estos desgraciados niños, que es Navas de Tolosa, número 15, piso segundo, no sin que antes pueda informarse todo el quiera del estado grave de mi

dolencia en el lugar que dejo indicado al principio de esta mi súplica.

Dispense Vd., señor director, la molestia que le causo, á lo que le quedará sumamente agradecido, y por la cual y por cuantos benéficos socorros pueda reportar á los desgraciados por medio de sus exhortaciones á los fieles de esa congregación, doy á Vd. las gracias anticipadas en el nombre del que sabe premiar toda buena obra.

Madrid 5 de Mayo de 1873.

LÁZARO PLATON.

## NOTICIAS VARIAS.

No hace muchos días que se paseaba por las calles la procesión que en este pueblo de Madrid denominan la procesión del Dios Grande. Los balcones estaban adornados con vistosas colgaduras, y esto lo encontramos muy natural, porque cuando no hay profundas creencias religiosas, se sigue la costumbre admitida por más que no se respete lo que pasa por las calles; pero nos sorprendió y mucho ver colgados los balcones del ministerio de Gracia y Justicia dirigido hoy por un hombre que es libre pensador y ardiente defensor de la separación de la Iglesia y el Estado.

¿Es que el ministro no tuvo conocimiento de lo que en su ministerio se hizo? Es posible, y nos alegraríamos que así fuera.

\*\*\*

Tenemos motivos para dar gracias á Dios por la libertad religiosa de que gozamos en España. No sucede otro tanto en Francia. En la Francia republicana está prohibido bajo pena de multa y prisión distribuir en las calles folletos religiosos, y también se dá el caso de suprimir un culto protestante, porque así lo quiere el alcalde de un pueblo cualquiera. Hace poco que un culto metodista establecido desde hace bastantes años ha sido suprimido de orden del alcalde de Villevieille (Gard).

¡Y Francia se cree la nación más libre del mundo!

\*\*\*

El Ayuntamiento de Cadiz ha hecho quitar, segun cuentan los periódicos, algunas imágenes colocadas en las calles. Los diarios católicos han protestado de este que llaman abuso.

\*\*\*

Se vá á dar principio en París á una causa criminal que promete ser curiosa. El comercio del agua milagrosa de Lourdes y de la Salette ha tomado proporciones tan ridículas que varios médicos de París, se proponen formar causa al clero que lo hace por ejercicio ilegal de la medicina y la farmacia. Lo más singular en la causa será la posición del abogado defensor que deberá reconocer y probar que el agua tiene virtudes curativas, ó que es pura y simplemente agua ordinaria y que el clero se burla de los compradores.

Procuraremos tener á los lectores de LA LUZ al corriente de causa tan singular.

\*\*\*

En nuestro colega *El Imparcial* encontramos la siguiente terrible noticia que revela los feroces instintos de los que se llaman defensores de la religión cristiana y llevan en sus banderas el lema de Dios, Patria y Rey.

«De una carta de Igualada fechada el 7 tomamos el siguiente párrafo:

«Un acto de ferocidad de esos salvajes que aun que se encubren con el manto de la religión no por esto son menos horribles, acaba de tener lugar



en las cercanías de esta villa. A la caída de la tarde se ha encontrado en un sembrado un hombre acribillado á balazos, y con un letreiro en el pecho donde se leía: «Por espía.»

Créese que los carlistas le han asesinado algo lejos de Igualada y le han traído por la noche á las puertas de la población para horrorizar al vecindario y patentizar su cinismo y su instinto feroz y sed de sangre. Se ha sabido que el infeliz era un pordiosero á quien hallarian probablemente en el camino, asesinandole bárbaramente por sospechas.»

\*\*

Un amigo nuestro ha visto en el monasterio del Escorial, hace tres ó cuatro días una reliquia preciosa. Es una hostia consagrada que brotó sangre en Flandes al pisotearla, dicen, unos pícaros protestantes.

Parece mentira que esas cosas se digan y se crean en el siglo XIX.

\*\*

Se ha dado un decreto que suprime la enseñanza de la religion católica en las escuelas de instruccion primaria.

¡Lo encontramos muy justo!

\*\*

Segun de público se dice y algunos periódicos aseguran, el lunes último en la noche fueron presos siete curas por creérseles complicados en una conjuración carlista.

Pues como estos hay muchos; pero los obispos y arzobispos no dicen esta boca es mía para condenar los desmanes de sus subordinados. Si se tratara de secularización de cementerios, libertad religiosa ú otras herejías parecidas, protestarian y clamarian al cielo; pero como no es más que cojer un fusil y matar á sus semejantes, eso se dispensa: *Pecata minuta*.

\*\*

Hemos tenido el gusto de ver estos días en Madrid á los pastores Sres. Astray y Orejon. Este último nos ha suministrado datos interesantes acerca de la obra cristiana en Cartagena. Se celebran en esta ciudad tres cultos por semana; uno el domingo por la mañana y los otros dos restantes los martes y jueves por la noche. La asistencia á los cultos varia segun los días; pero siempre pueden calcularse por término medio en 120 personas. Las escuelas se encuentran en muy buen estado; pues acuden á una 180 niños y 70 niñas á la otra.

Como se vé, hay motivos para bendecir al Señor por el estado de la iglesia cristiana española de Cartagena.

\*\*

Algunos miembros de la iglesia cristiana española de Málaga han elevado al consistorio de la Iglesia una petición para que sea enviado á dicha ciudad como pastor el que ya lo fué anteriormente, D. Leon Monlet.

Ignoramos la resolución que adoptará el consistorio.

\*\*

La Asamblea de la Iglesia cristiana española se reunirá en Madrid el 10 del próximo mes de Junio. Así lo ha acordado el Consistorio en su reunion del viernes último.

\*\*

El día 4 del presente mes, el padre Jacinto celebró una misa en Ginebra para los viejos católicos. Unas mil doscientas personas asistieron á esta ceremonia.

En el mismo día se leyó en la iglesia católica la excomunión contra aquellos que habian asistido á la funcion religiosa del célebre predicador.

¡Pobres católicos! Todo lo quieren componer con excomuniones, olvidando que ya pasaron los tiempos en que cuatro maldiciones ponian espanto en el corazon de los hombres.

\*\*

En más de una ocasion, hemos censurado la conducta de esos sacerdotes católicos que, olvidados de su mision empuñan las armas y se distinguen entre los cabecillas carlistas por su odio á la libertad y la ferocidad de sus instintos; hoy debemos elogiar la actitud resuelta y cristiana de uno de los vicarios de Calaf que ha procurado, aunque en vano, salvar de la muerte á un pobre desgraciado. Hé aquí el hecho á que nos referimos, tomado de un periódico:

De Calaf escriben lo siguiente:

«Ayer á las seis de la tarde se presentó en esta el cabecilla Miret con unos 200 hombres escasos, llevando atados á dos infelices chicos que les encontraron con dos partes dirigidos á una de las columnas que recorren este país. Despues del consabido pregon para que dentro del preciso término de media hora se le aprontara el cuarto trimestre de contribucion, llamó al alcalde y le dijo, que queria fusilar en la plaza á uno de aquellos desgraciados á fin de que sirviera de escarmiento y al propio tiempo de aviso á los habitantes todos de la población.

«Considere Vd. el estupor y desasosiego que se apoderaria de todos al saber tan fatal nueva: en vano acudieron á suplicar para salvar la vida á aquella infortunada criatura, el ayuntamiento, la comunidad, comisiones de particulares y hasta señoras; en vano fué el que uno de los vicarios, con una valentía propia de un mártir, le apurase de tal manera, que hasta llegó al extremo de decirle que era bárbaro y no tendria perdon del Señor..... todo fué inútil. Todo lo más que se pudo alcanzar de aquel tigre, fué el que no lo fusilara en la plaza; pero al salir y cuando llegó á la viña de Gatells le dispararon cuatro tiros, muriendo en el acto, y han colocado sobre su cuerpo un papel que dice: «Fusilado por haber llevado un parte contra los carlistas.»

«Acaba de llegar un parte en que se da noticia de haber fusilado al otro infortunado compañero en San Pedro.»

\*\*

De una carta que nos remite de Barcelona nuestro amigo el Sr. Forner, tomamos los siguientes párrafos que interesarán á nuestros lectores:

«En vista de que el local que poseo no puede contener el número de 70 niños que concurren á mi clase, y próxima la estación calurosa, me he visto precisado á echar un tabique abajo y tomar otro piso para la familia, para poder colocar los 24 parvulitos en la sala que hoy habitan y que es contigua á la sala-colegio.

Desde el día 2 de Noviembre de 1868, que abrí mi colegio en el nombre del Señor, hasta la fecha, he dado educación cristiana á 257 niños en la clase diurna y á 39 personas mayores de ambos sexos, en las clases especiales.

En la Barceloneta, población de 18 á 20.000 almas, á más de los dos colegios evangélicos de niños y uno de niñas que hoy hay establecidos, se podrían establecer dos más en el barrio 11 ó sea en las inmediaciones *Dels Orts*.

Yo suplico á mis hermanos en Cristo de ambas partes del mundo, no pierdan de vista los colegios evangélicos, semilleros perennes del cristianismo.

Hasta que Dios disponga otra cosa, nuestro

querido pastor el Sr. Empaytaz, ha dejado de tomar parte en los cultos que todos los miércoles se celebran en mi sala. Por el presente me he encargado yo de la predicacion, siguiendo los cultos igualmente concurridos.

Ayer el jóven Albricias, presidió en representación mia el entierro de un niño, hijo de padres cristianos. Acompañaron el cadáver catorce niños de los que asisten á mi colegio, con sus correspondientes Biblias bajo del brazo. Llegados que fueron al cementerio, juntos con los demás de la comitiva, entonaron el himno *Al cielo voy*, en alabanzas al Señor, predicando despues el mencionado jóven sobre las santas palabras: Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, contenidas en el capítulo 22 del evangelio de S. Mateo, vers. 32.

Si bien las personas que tomaron parte en el entierro salieron conmovidas por el saludable efecto que les causó el oír (algunas por primera vez) la palabra de Dios, no participaron del mismo efecto al ver el reducido local donde son enterrados los que no pertenecen á la infalible Iglesia Romana. Este es tan reducido (unos 12 palmos cuadrados), que tuvieron que enterrar á la criatura al lado de la puerta, manifestando el sepulturero que ya no habia lugar para enterrar á nadie más.»

¡Qué vergüenza para la España liberal, que al cabo de cuatro años y ocho meses de democracia tiene que mendigar uno un pedazo de tierra para enterrar á sus muertos! ¡Ah, mundo, mundo! ¡cuándo concluirás con tan indignos privilegios!

## ADVERTENCIA.

### Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripcion es *un real* mensual en Madrid y *cinco reales* trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

### Puntos de suscripcion.

En Madrid.....	Soldado, 7, principal.
	Madera Baja, 8.
	Librería Nacional y Extranjera, Jacometrezo, 59.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Ascobareta.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartajena..	Capilla evangélica, plaza de las Monjas.
En Córdoba....	Calle de José Rey, 8.
En Santander..	Calle del Limon, 9, 3.º, izquierda.
En Valencia...	Calle de Serranos, 27, segundo.
En Sevilla.....	Calle de Quintana, 25.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.